

Desigualdades en México y América Latina: una contextualización global*

*Desigualdades no México e na América Latina:
uma contextualização global*

*Mexican and Latin American inequalities:
a global contextualization*

Göran Therborn**

Resumen

La excesiva desigualdad latinoamericana se debe, sobre todo, a la desigualdad en los ingresos; mientras que en otras partes del mundo, la desigualdad de vida y muerte o la desigualdad en la educación tienen más peso. La desigualdad debería entenderse en una forma multidimensional, incluyendo a la desigualdad existencial, i. e. negación al reconocimiento, a la autonomía y respeto a las personas, como el hecho de ser mujer, indígena o afrodescendiente. Este artículo analiza lo que la CEPAL ha llamado “la Hora de la Igualdad” (*Moment of Equality*) en América Latina, comparándola con la igualación (*equalization*¹) en Europa Occidental, Estados Unidos y el Noreste Asiático en el periodo 1945-1980, tanto en su contexto económico y político como en resultados. Se presta particular atención al caso mexicano y al futuro.

Palabras clave: desigualdad, igualdad, igualación, México, América Latina.

Resumo

A grande desigualdade latino americana se deve, ante tudo, à desigualdade salarial; enquanto em outras partes do mundo a desigualdade de vida e morte ou a desigualdade na educação têm mais peso. A desigualdade deveria ser entendida de uma forma multidimensional, incluindo a desigual-

* Traducción del inglés por Humberto Caspa. La revisión y corrección de la traducción son responsabilidad de la coordinadora del número, doctora Raquel Sosa Elízaga.

** Sociólogo sueco. Profesor e investigador de las Universidades de Uppsala, Suecia y Cambridge, Inglaterra.

¹ La palabra *equalization* no traduce exactamente a la palabra en castellano “igualdad”, la cual es mejor traducida al inglés como “equality”. En este sentido, *equalization*, en la forma como la utiliza Therborn, implica un movimiento, un proceso o una acción hacia la igualdad, lo que se podría traducir en *igualación*. Por eso nos dice que la “igualdad (*equalization*) es el resultado del proceso de eventos históricos”. Para distinguirla de la igualdad (*equality*), utilizaremos la palabra igualación (*equalization*) (N. del T.).

dade existencial, por exemplo, negação ao reconhecimento (à) autonomia e respeito pelas pessoas, como o fato de ser mulher, indígena ou afrodescendente. Este artigo analisa o que a CEPAL tem chamado “A Hora da Igualdade” (*Moment of Equality*) na América Latina; comparando-a com a igualdade ou igualação (*equalization*²) na Europa Ocidental, Estados Unidos e o Nordeste Asiático do período 1945-1980, tanto no seu contexto econômico e político como em seus resultados. O artigo dá especial atenção ao caso mexicano e ao futuro.

Palavras chave: desigualdade, igualdade, igualação, México, América Latina.

Abstract

Latin America's notorious inequality is above all due to its income inequality, whereas in other parts of the world vital inequality of life and death or inequality of education weigh more heavily. Inequality should be seen as multidimensional, including also existential inequality, i. e. denial of recognition, autonomy, and respect of persons, e. g., for being women, indigenous, or afro-descendants. This article analyzes what CEPAL has called the current “Moment of Equality” (*La Hora de la Igualdad*) in Latin America, comparing it with equalization in Western Europe, United States, and Northeast Asia in 1945-1980, both in political and economic context and in results. Some special attention is given to Mexican experiences and future.

Keywords: inequality, equality, equalization, Mexico, Latin America.

“México es un país de desigualdad. En ningún lugar existe una diferencia tan impresionante en distribución económica, civilización, cultivo de la tierra y población” (Humboldt, 1822/1971:64). Cuando el intelectual alemán del Iluminismo Alexander Von Humboldt visitó Nueva España en 1803, como parte de un viaje de cinco años a las Indias españolas, se impresionó por el abismo de desigualdad existente. Las brechas que encontró fueron mucho más pronunciadas que en “Caracas, La Habana y especialmente Perú” (*Ibid.*:79).

El Porfiriato en México fue el terreno de una de las manifestaciones más gráficas de severa desigualdad. Como la “India resplandeciente” de los noventa, fue un periodo de crecimiento económico vertiginoso, de transformaciones sociales y extravagancias de la clase alta. Como la India de los noventa e inicios de los 2000 (Therborn, 2013:16), el Porfiriato mexicano fue también un periodo en el que la gente común y corriente se encogió, literalmente. Los archivos militares de soldados reclutados (quienes debían cumplir con una estatura mínima) demuestran un declive en la estatura promedio a partir de 1850, un nivel que no se recuperó sino hasta 1950. En contraste, a partir de 1870, la gente de clase alta y media-alta que

² A palavra equalization não traduz exatamente a palavra em castelhano *igualdad* (igualdade), que é traduzida ao inglês como *equality*. Neste sentido, *equalization*, na forma como a utiliza Therborn, implica um movimento, um processo ou uma ação em direção à igualdade, o que se poderia traduzir como *igualación* (igualação). Por isso a “igualdad (*equalization*) é o resultado do processo de eventos históricos”. Para distinguir de *igualdad* (*equality*), utilizaremos a palavra *igualación* (*equalization*) (nota do tradutor ao espanhol).

solicitó pasaporte registró un incremento de estatura. Entre 1870 y 1890, la diferencia promedio entre las clases de soldados rurales y los solicitantes de pasaporte se incrementó de uno a cinco centímetros (López-Alonso, 2007:102). La Revolución se veía venir: los estándares de vida de la gente común estaban bajando, mientras que los de la clase alta aumentaban. De acuerdo a los datos anteriores, la Revolución tardó en mejorar la vida de las clases populares. Sólo la cohorte de población que nació en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas (1934-1940) empezó a alcanzar la estatura promedio de aquellos nacidos durante el régimen de López de Santa Ana (mediados del siglo XIX).

Un visitante europeo del último cuarto del siglo XX, como yo, se impresionaría por los prolongados abismos de desigualdad existentes en este país en el que ocurrió quizá la única revolución épica de América Latina. Con toda su tradición revolucionaria, sus movimientos sociales y sus brillantes intelectuales de izquierda que se inspiraron en ellos, México es más desigual que el mismo corazón del capitalismo yanqui. Tomemos solamente un dato: la diferencia proporcional entre el ingreso del quintil más próspero de la población y el del más pobre, es una medida de la distancia entre la aventajada clase media y la parte pobre de las clases populares. En 2012, en México esa diferencia es de 14, es decir, el ingreso promedio del primero es 14 veces el del segundo (CEPAL, 2013a, tabla 1A.2). En Estados Unidos, en 2007, esa misma diferencia era de 8.4 (UNDP/PNUD, 2013, tabla 3).

Sin embargo, actualmente se ha configurado lo que la CEPAL (2010) ha llamado “La hora de la igualdad” en América Latina. Aparentemente, según fuentes internacionales, México participa de este proceso, aunque lo hace en la parte más rezagada. (Ninguno de mis amigos académicos mexicanos lo ha reconocido de esa manera). Entonces, ¿qué es lo que realmente está ocurriendo?

(Des)igualdades y su dinámica

La desigualdad no es una tela de una sola pieza, o reductible a la corrección política contemporánea: “oportunidad” y “resultado”. Tampoco es la igualdad un moderno “destino”, como lo afirmó con una mezcla única de fascinación y resignación el liberal aristócrata Alexis de Tocqueville (1840/1966).

La desigualdad es mejor entendida como un conjunto de violaciones de algunas normas, implícitas y rara vez definidas con exactitud, de derechos humanos, dignidad humana y de una fundamental igualdad de los seres humanos (véase Sen, 1992; Therborn, 2013). La igualdad no es una tendencia en la evolución de la especie humana. No lo es tampoco, debiera uno agregar, en el siglo XXI, su opuesto, la desigualdad. La igualdad relativa, o lo que es mejor la *igualación* (*equalization*), es el resultado de procesos históricos episódicos, o momentos históricos. Pocos de ellos

han sido irreversibles, pero a largo plazo es discernible una *igualación* tendencial, una erosión de las negaciones del reconocimiento humano de personas de una determinada etnia/raza, origen, sexo o edad. La historia moderna de la humanidad sí incluye una tendencia hacia la *igualación* existencial (sobre las relaciones de género-sexualidad, véase Therborn, 2004). La fuerza de esta tendencia está bien ilustrada por la coincidencia en Estados Unidos de por un lado, una nueva escalada a la cima histórica de la desigualdad económica del país, y por otro, la elección de su primer presidente negro, Barack Obama, y los nombramientos de las primeras mujeres [Mary Barra] al puesto de directora ejecutiva (CEO) de General Motors y [Janet Yellen] como jefa de la Reserva Federal de Estados Unidos.

A menudo, la desigualdad es interpretada en términos de sus principales ejes de distribución –y recientemente, con frecuencia, en términos de sus “interseccionalidades”–, que se han resumido como clase, género y raza/etnicidad, sobre los que académicos y analistas usualmente se concentran al analizar la distribución de ingresos y de algunos otros recursos. Sin embargo, para la comprensión de la desigualdad como condición humana es necesario tener en cuenta las dimensiones básicas de la propia desigualdad. Sin imitarlo, pero inspirado en los estudios de Amartya Sen, he manifestado (más elaborado en Therborn, 2013, capítulo 4) que es necesario utilizar, por lo menos, tres de tales dimensiones, a las cuales podríamos llamar desigualdades vitales, existenciales y de recursos.

La dimensión de desigualdad vital ocurre en nuestros cuerpos y organismos, y se mide por medio de las tasas de mortalidad y las enfermedades, y la esperanza de vida y salud. Por su parte, las víctimas de la desigualdad existencial son ignoradas, sus capacidades humanas son negadas, humilladas, no son respetadas, son discriminadas y consideradas como subhumanas. Su existencia está lejos de ser despreciada en el moderno discurso público, como en la academia, pero es usualmente compartimentalizada y guardada lejos de los estudios de desigualdad, como ocurre con el racismo, el sexismo, la xenofobia, la homofobia, y en más benignas formas, el paternalismo. En tercer lugar, tenemos la desigualdad de recursos, de la cual el ingreso es, hoy por hoy, la moneda más convertible. Mas también se presta atención, correctamente, a la educación, las relaciones sociales, la riqueza y también, “fuera de pista”, al poder político. Siento que deberíamos distinguir entre los recursos de los actores humanos, a las bases de acción, por ejemplo, las variables antes mencionadas, y el acceso, no sólo a la movilidad social sino al empleo, la vivienda, el cuidado necesario, el agua y a un medio ambiente sano.

Estas tres dimensiones de desigualdad interactúan y se entrecruzan, pero al mismo tiempo son irreductibles entre sí, cada una manifiesta su propia dinámica histórica, a nivel global y nacional. La igualdad o la *igualación* deberían ser vistas en los mismos términos multidimensionales. Muchas veces, la disponibilidad de datos, en particular

en las comparaciones más populares a nivel internacional e interregional, tiende a orientar los análisis hacia la focalización sobre la desigualdad de ingresos. Sin embargo, no debiéramos olvidar la más amplia y compleja imagen.

Desigualdad latinoamericana en el contexto mundial

La desigualdad de los ingresos en América Latina es notoria y antigua, pero actualmente algunos países africanos, como Sudáfrica, dirigen ahora al mundo a los abismos de la desigualdad. No obstante, ninguna región de proporciones continentales –salvo países subcontinentales como China e India– puede igualar hoy la desigualdad de ingresos latinoamericana (Therborn, 2013, tabla 10, con referencias). Sin embargo, como mencionamos anteriormente, la distribución del ingreso no es todo lo que explica la problemática de la desigualdad. Los informes de Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD/UNDP, por sus siglas en inglés) han llegado a ampliar nuestro entendimiento.

Tabla 1
Pérdida regional del Valor del Índice del Desarrollo Humano por la desigualdad en 2012 (porcentajes)

<i>Grupo de países</i>	<i>Esperanza de vida</i>	<i>Educación</i>	<i>Ingreso</i>	<i>Pérdida total</i>
Muy alto desarrollo	5.2	6.8	19.8	10.8
Estados Árabes	16.7	39.8	17.5	25.4
Asia del Este y Pacífico (China <i>et al.</i>)	14.2	21.9	27.2	21.3
Europa [del Este] y Asia Central	11.7	10.5	16.3	12.9
<u>América Latina y el Caribe</u>	<u>13.4</u>	<u>23.0</u>	<u>38.5</u>	<u>25.7</u>
Asia del Sur (India <i>et al.</i>)	27.0	42.0	15.9	29.1
África Subsahariana	39.0	35.3	30.4	35.0
Mundo	19.0	27.0	23.5	23.3

Fuente: UNDP/PNUD, Informe de Desarrollo Humano (2013:155).

Estos indicadores deberían ser tomados en cuenta como estimaciones, más que como verdades firmes, y el dato de ingresos del Sur de Asia es probablemente incorrecto, como suelen serlo las encuestas regionales de hogares allí, ya que expresan el consumo, menos desigualmente distribuido, en vez del ingreso. Sin embargo, la ubicación de América Latina en el mundo no ofrece ninguna duda. La calidad de vida se pierde más que en cualquier otra parte del mundo debido a la desigualdad de los ingresos. Pero la

desigualdad vital y la desigualdad educativa son menores que el promedio mundial. En términos del total de desigualdad de desarrollo humano, América Latina está sólo un poco por encima o en el promedio, dentro de los márgenes de error. En general, la desigualdad latinoamericana es la misma que la de los Estados Árabes, pero en esta última región está inducida por la desigualdad educativa más que por los ingresos.

Todavía no existe un índice contundente de desigualdad existencial, y el índice de desigualdad de género del PNUD –con sus variables de mortalidad materna, fertilidad juvenil, género en los escaños parlamentarios, educación secundaria o universitaria y participación de la fuerza de trabajo– captura si acaso sólo un aspecto de la desigualdad existencial, con un peso relativamente cuestionable. No obstante, el índice del PNUD nos dice que América Latina está ligeramente por debajo del promedio mundial de desigualdad de género y mejor que los árabes, sudasiáticos y africanos subsaharianos, pero peor que la Eurasia postcomunista y mucho más desigual que los “altamente desarrollados” (UNDP/PNUD, 2013:159).

La diversidad étnica y racial también hace que la desigualdad existencial en América Latina sea un problema mayor. A lo largo de las cadenas montañosas de la región, desde México hasta el sur de Chile, hay significativas poblaciones indígenas, la mayor de las cuales está en Bolivia. En el recorrido de las plantaciones costeras, desde Venezuela y Colombia hasta Río de Janeiro, existen sustanciales poblaciones “afrodescendientes”, como se les denomina oficialmente hoy. América Latina nunca institucionalizó el racismo blanco, como ocurrió en Estados Unidos, y su historia está marcada por la presencia mestiza e incluso por líderes de sangre indígena de diferentes orígenes, siendo tal vez el más impresionante de ellos, a juzgar por los estándares políticos actuales, el liberal mexicano Benito Juárez, en el siglo XIX. Sin embargo, el racismo blanco es un legado latinoamericano muy importante, hasta la actualidad. Después de todo, Brasil fue el último país del hemisferio que abolió la esclavitud, en 1888. Las luchas por los derechos civiles y los avances que se lograron en la década de 1960 en Estados Unidos no tuvieron equivalente en Brasil ni en ningún otro país de plantaciones de América Latina, ni siquiera un eco. La Revolución radical boliviana de 1952 se vio a sí misma y a sus tareas abrumadoramente en términos de clase, y Bolivia tuvo a su primer presidente indígena apenas en 2006.

ESTUDIOS LATINOAMERICANOS, NUEVA ÉPOCA, NÚM. 36, JULIO-DICIEMBRE, 2015, PP. 83-107.

La hora latinoamericana

Los recientes desarrollos latinoamericanos tienen significación global en un contexto de momentos históricos de cambio. La región ha sido notoria por su alta desigualdad económica, pero en 2010, la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) anunció la llegada de la “Hora de la Igualdad” (CEPAL, 2010). Al tiempo que la desigualdad económica intra-nacional se aceleraba en América del Norte y en la mayoría de los países de Europa y Asia, en América Latina descendía en 16 de los 18 países

de acuerdo a los datos disponibles entre 2000 y 2012 (CEPAL, 2013a, tabla 1.6.4). (Costa Rica, que fue antes un país con desigualdad moderada –según los generosos estándares latinoamericanos era bajo un gobierno neoliberal– (posiblemente cambiaría la única excepción, junto con Guatemala lo que para la elección presidencial de abril de 2014 con la asunción de una persona de postura crítica).

Cuando los diez países más aventajados y el uno por ciento aumenta su participación en el ingreso nacional de los países más ricos, de Estados Unidos a Australia, vía Suecia (OECD, 2011), la participación del 10 por ciento más alto disminuye en 16 de los 18 países de América Latina, sobre los que existe información, incluyendo los más grandes (con las excepciones de Costa Rica y Guatemala [sic]) (CEPAL, 2013, tabla 1.6.3). Mientras un economista de la derecha informa alegremente a sus compatriotas que el “promedio se terminó” (Cowen, 2013), la proporción de los ingresos de la clase media-alta a la clase media entre los percentiles 95 a 50, declinó en 17 de los 18 países de América Latina, siendo Honduras la única excepción (CEDLAS y Banco Mundial, 2014; en la mayor parte de los casos, el periodo es de 2000 a 2012).

En otras palabras, la actual experiencia latinoamericana corrobora la idea de que ni la desigualdad ni la igualdad son un destino. Mientras el capitalismo alberga una tendencia sistémica inherente de incremento permanente de la desigualdad, como Marx predijo y Thomas Piketty (2013) recientemente confirmó con información actualizada, la economía política contingente mantiene abiertos los caminos a la *igualación*.

La *igualación* de recursos de poder a través de la democratización, la educación y el empleo formal, así como del ingreso, se acompaña en América Latina por corrientes mayúsculas hacia la *igualación* existencial. La constitución brasileña de 1988 incluyó una bolsa de derechos sociales de largo alcance (y difíciles de lograr); la Constitución boliviana de 2009 cambió oficialmente del Estado colonial criollo a un Estado “Plurinacional”, y las nuevas Constituciones de Venezuela y Ecuador añadieron elementos de conciencia de la problemática existencial étnica. Los matrimonios del mismo sexo fueron institucionalizados en la Ciudad de México (vanguardia histórica de la legislación familiar en México) y en Argentina. Un significativo movimiento de poblaciones negras se ha desarrollado finalmente en Brasil, y las cuotas raciales para la educación contribuyen a compensar siglos de discriminación. Los movimientos indígenas tienen batallas más difíciles por las que luchar (particularmente fuera de Bolivia), pero han sido reconocidos como actores políticos desde México hasta Chile.

Momentos previos de igualdad en el mundo

Los momentos de igualdad han sido muy raros en la historia del capitalismo industrial, tal vez tan raros como las revoluciones, las cuales han provisto los ejemplos más dramáticos de ellos. La Revolución Francesa, en los albores del capitalismo

contemporáneo, fue el primero, cuyos efectos, aunque desfallecientes, se prolongaron hasta la Restauración contrarrevolucionaria (Morrison, 2000:235 y ss.). En el siglo xx, las revoluciones comunistas fueron las mayores igualadoras, al igual que las dos Guerras Mundiales. La Depresión detuvo el incremento de la desigualdad en Estados Unidos, pero no en los Estados más grandes de Europa o Japón (Atkinson, Piketty & Saez, 2010).

Sin embargo, la historia del capitalismo ha visto un periodo prolongado de paz cuando las tendencias contrarias a la igualdad se mantuvieron en la orilla y la igualdad se extendió en una variedad de direcciones, no sólo en la distribución del ingreso. Este fue el periodo de 1945 a 1975/1980. Fue impulsado por el resultado de la Segunda Guerra Mundial, pero organizó su propia reproducción expandida de relativa igualdad.

No se trató de un fenómeno global, pero su horizonte fue intercontinental, e incluyó a Norteamérica, la mayoría de Europa, el Este y el Oeste –los regímenes fascistoides de Grecia, Portugal y España³ fueron excepciones marginales–, Noreste de Asia y la Oceanía de Australia y Nueva Zelanda. América Latina no participó de esta confluencia. Irónicamente, la calificación más significativa de esta exclusión fue la Argentina peronista (*Ibid.*), un país que rechazó cualquier gesto de participación en la guerra como aliado de Estados Unidos.

Si existe algún paralelo histórico al momento actual de América Latina, es este periodo de 1945 a 1980, en que todos sus participantes compensan su ausencia de entonces. A pesar de que actualmente algunos gobiernos latinoamericanos pregonan que buscan un “socialismo del siglo xxi”, por razones de simplicidad comparativa preferimos dejar fuera los socialismos comunistas del siglo xx que emergieron de revoluciones, y concentrarnos en la experiencia capitalista previa de *igualación* en Norteamérica, Japón y el resto de los países capitalistas del Noreste Asiático y, sobre todo, en Europa Occidental.

Elementos comunes de la *igualación* en tiempos de paz

Hay dos grandes parámetros comunes entre la América Latina de la primera década del siglo xxi y la intercontinental de 1945-1975/1980. Lo más importante es probablemente lo político. Ambos son tiempos en los que las ideologías y las fuerzas políticas anti-igualitarias más agresivas fueron fuertemente desacreditadas: fascismo o dictadura militar, y el liberalismo de derecha.

³ Estos países tuvieron su oportunidad más adelante, bajo el “modelo social europeo”, entre 1985 y 2007, luego de la democratización y una vez que se integraron a la Unión Europea. Para el caso de Iberia, véase Huber y Stephens (2012:221 y ss, 251).

El fin de la Segunda Guerra Mundial significó el aplastamiento del fascismo europeo y del militarismo japonés. Los sobrevivientes de esta conflagración no quedaron en una posición que les permitiera defender su agenda política. En América Latina, sólo la junta argentina fue derrotada militarmente, pero para 1990, los una vez poderosos militares del Cono Sur y pronto también de Centroamérica fueron vistos como monstruos bárbaros de una pesadilla. Sin embargo, su más gradual desaparición, en un lento amanecer, no produjo un cambio claro hacia la izquierda, como en el Reino Unido, donde en julio de 1945 el electorado lanzó de su oficina, sin consideración, al conservador héroe de guerra Winston Churchill.

En Europa y en América del Norte, el liberalismo de la derecha fue desacreditado claramente por la miseria de la Depresión de 1930, vista como una evidencia muy dura de que el mercado desregulado del liberalismo no tenía nada positivo que ofrecer al pueblo. En ese entonces, Friedrich von Hayek prácticamente fue considerado como un loco ermitaño en el desierto. Aunque su diatriba contra el Estado social democrático de bienestar, *El Camino hacia la Servidumbre*, se vendió bien, no convenció más que a una banda de disminuidos mercantilistas de extrema derecha.

El periodo post-dictatorial de América Latina ocurrió en un tiempo político diferente. El neoliberalismo militante de derecha estaba en ascenso, a tono con el capitalismo financiero post industrial, y apoyado por el poder militar e intelectual de los anglosajones, el Consenso de Washington –el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial y el Departamento del Tesoro de Estados Unidos– y por los departamentos académicos de economía, liderados por los *Chicago boys*, asesores (*consiglieri*) de la dictadura de Augusto Pinochet. La única Junta Militar que tuvo un claro programa económico fue la chilena; y después de los duros castigos económicos de los setenta y la crisis inicial de los ochenta, su programa se experimentó como un *boom* económico. Auxiliado por el acuerdo de retornar a la democracia, el neoliberalismo chileno sobrevivió a su padrino militar. En Argentina y Bolivia, así como en México, a donde llegó por un fraude electoral, el neoliberalismo actuó con toda libertad. En Brasil, luego de la caída en desgracia de Collor de Mello, fue finalmente reinstalado por Fernando Henrique Cardoso, quien sin embargo se abstuvo de cualquier aproximación social-demócrata a las abismales desigualdades del país.

Tuvo que pasar toda una década, después del periodo de las dictaduras militares, para que el neoliberalismo de la derecha fuera totalmente desacreditado en Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela –los cuales experimentaron horribles choques socioeconómicos, de los que la Argentina de 2001 tuvo las mayores reverberaciones–, o al menos fuera cuestionada su hegemonía, como en Brasil, Chile, México, Perú, Uruguay y otros países.

No obstante es posible afirmar que en la primera década de este siglo hubo elementos políticos e ideológicos comunes entre América Latina y, de otra parte, la Norteamérica posterior a la Segunda Guerra Mundial, la Europa Occidental y el Noreste Asiático capitalista. Las políticas e ideologías anti-igualitarias fueron empujadas hacia sus últimos márgenes, tanto las liberales como las autoritarias.

Un segundo elemento común es el crecimiento económico. Para los países ricos de la Tricontinental, los años de 1945 a 1975 fueron un periodo sin precedentes de insuperado crecimiento económico. La *igualación* se hizo mucho más sencilla gracias a la aceleración de juegos económicos de suma positiva (*positive-sum economic games*). Por su parte, el crecimiento económico de América Latina en la década de 2000 tampoco ha dejado de tener rivales, pero ha sido sustancial –un promedio anual de cuatro por ciento para la región entre 2005 y 2012, incluyendo un declive de 1.5 por ciento en 2009–, tomando en cuenta el antecedente de las décadas perdidas de 1970 a 1990 (CEPAL, 2013, tabla 2.1.1.).

Asimismo, hay elementos comunes en los procesos políticos. Ninguna *igualación* fue producto de una sola fuerza o proyecto político. En Europa Occidental, tanto la Democracia Cristiana como la Social Democracia fueron sus máximos exponentes. En Francia hubo gaullistas y republicanos progresistas, y en el Reino Unido se configuró la llamada “Una Nación” Conservadora. Los republicanos de Estados Unidos, –Eisenhower, quien envió paracaidistas contra turbas racistas de Little Rock, y Nixon, quien expandió los servicios sociales y las regulaciones económicas–, no fueron contrarios a la igualdad. En el Noreste de Asia, la *igualación* tuvo un todavía más amplio espectro de compañeros cruciales, no sólo fieles empresarios conservadores en Japón, sino también los cuadros políticos del Kuomintang de Taiwán, y la dictadura militar de Park Chung-Hee en Corea del Sur, ambos preocupados por impulsar la cohesión nacional.

Del mismo modo, en años recientes ha habido *igualación* en América Latina. Aunque posiblemente ésta ha sido más tajante en los países más radicales como Venezuela, Bolivia y Argentina, ha sido muy significativa en Perú, sin ninguna izquierda sostenida; en la conservadora Colombia; en el Chile de la Concertación cautelosa, y en el periodo post Salinas en el México conservador. En Brasil y Uruguay, fuerzas políticas bien organizadas de centro-izquierda generaron cambios sustanciales en forma gradual. Más adelante veremos los resultados de estos cambios.

Esta polivalencia política de la *igualación* debe señalarse. El proceso ha de iniciarse políticamente no obstante que los ricos puedan perder parte de sus riquezas en guerras y depresiones, pero la política sigue siendo un arte complejo, irreductible a programas ideológicos, y siempre está *de facto* modelada por limitaciones económicas y oportunidades, a las que nos referiremos después.

Como es de esperarse, también hay similitudes importantes desde el punto de vista político. La más importante es el surgimiento del Estado de Bienestar. Para la década de los setenta, todos los Estados democráticos de Europa Occidental se habían convertido en Estados de Bienestar, destinando la mayor parte del gasto público al bienestar de sus poblaciones (por ejemplo, seguro social y asistencia, seguro de salud y otro tipo de cuidados médicos, y educación). En Estados Unidos, el Estado de Bienestar tomó su curso tardíamente, una vez concluida la Guerra de Vietnam (datos de OCDE, véase Therborn, 1984). Mientras tanto, el típico Estado latinoamericano (de acuerdo al promedio poblacional) se convirtió al Estado de Bienestar alrededor del año 2000. A mediados de los noventa, el gasto social en América Latina alcanzó 46 por ciento del total del gasto público; asimismo, a mediados de 2000, 59 por ciento del gasto público se destinó a objetivos sociales (CEPAL, 2012a:158).

El gasto social tiende a ser mayor en países con más recursos económicos. En América Latina, México,⁴ Perú y Colombia gastan significativamente menos en causas sociales de lo que pudiera esperarse de su Producto Interno Bruto (PIB) *per capita*. Pero también Venezuela, Ecuador, Nicaragua y Bolivia se encuentran ligeramente por debajo de la línea de regresión esperada. Cuba, por su parte, está muy por encima, mientras que Argentina, Uruguay y Brasil también están bastante arriba. Un poco arriba encontramos a Costa Rica y Chile (CEPAL, 2012a:161).

Si tomáramos en cuenta una definición un tanto más estrecha de lo que es gasto social, excluyendo a la educación y concentrándonos en la seguridad social, el ingreso y la salud, que es la definición más común para comparaciones intercontinentales, el gasto social latinoamericano en 2009 y 2010 sería 12.3 por ciento del PIB, por encima de 7.0 de 1991-1992 (CEPAL, 2012a, tabla 1A.1).

¿Cómo se compara este incremento con el momento de igualdad del Norte? Los niveles de gasto social alcanzados en América Latina por el 2010 están muy próximos a los logrados por Europa Occidental hacia 1960, con un rango que va de 11 (Alemania, Suecia y Reino Unido) a 13 por ciento (Francia) (Flora, 1983:456). La tasa de cambio es similar a la de los países de Europa Occidental de la década de los cincuenta, que por cierto, no fue la década de mayor avance social en la mayoría de los países latinoamericanos. La expansión cuantitativa más importante de Europa Occidental llegó después de 1960 (o más bien en 1965), cuando prácticamente se

⁴ El gasto social de México está, de alguna manera, por debajo de los datos reales, aunque como ocurre con los gobiernos “sub-nacionales”, esos datos no están incluidos (CEPAL, 2013b:193). México está gastando substancialmente por debajo del promedio de los países latinoamericanos (CEPAL, 2012a, tabla 1A.1).

duplicaron las cifras, por encima de 21-22 por ciento del PIB en Alemania Occidental, Francia e Italia para 1974, aunque también con mayor dispersión, entre 14.5 en Reino Unido y 24.4 por ciento en Suecia (*Ibid.*). Si los países de América Latina quieren desarrollar sus Estados de Bienestar, el gran salto aún debe darse.

Diferencias

Sin embargo, existen diferencias entre los dos momentos históricos. Tales diferencias indican más barreras y dificultades para la América Latina del siglo XXI que las que se vivieron en el Atlántico Norte y en el Noreste de Asia durante el tercer cuarto del siglo pasado.

Lo más obvio es la diferencia del contexto geopolítico. La *igualación* posterior a la Segunda Guerra Mundial tuvo mucho que ver con la competencia y el miedo al comunismo. Esto fue más fuerte en el Noreste de Asia, en donde inspiró extensas reformas agrarias y se agregó a las preocupaciones nacionalistas la cohesión social. Empero, fue también importante en Europa Occidental con la creación de la renta dinamizadora (*dynamisierte Rente*) en 1957, en Alemania Occidental, que ligaba los derechos de la jubilación con el desarrollo de los salarios, lo que fue parte del proyecto de rearme de la Democracia Cristiana. En Estados Unidos, no parece que hubiera sido posible que un presidente conservador enviara tropas federales para proteger de turbas blancas del Sur a unas cuantas escuelas de-segregadas de niños negros si no hubiera sido en el contexto de la Guerra Fría y la competencia con la Unión Soviética. En la actualidad, tanto el comunismo como la Unión Soviética han desaparecido como fuerza social, y puede tener algún atractivo China, pero no el igualitarismo.

No sólo la política sino también la historia económica han incrementado los desafíos que enfrentan los igualitaristas latinoamericanos. La reciente globalización ha hecho que el desarrollo capitalista sea más dependiente de los mercados internacionales de capital y en menor grado de la integración nacional y la cooperación regional. El tren de la industria ya pasó por América Latina, donde la des-industrialización ya ha comenzado. Mientras el empleo manufacturero aún en términos numéricos aumentó en varios países, su participación relativa, nunca preponderante, decae (CEPAL, 2012b, tabla 1). En México, el empleo industrial total tuvo su participación en la declinación total de 28.3 por ciento en 2000 a 23.5 por ciento en 2012 (CEPAL, 2013a, tabla 1.2.5). El crecimiento económico actual está por encima de cualquier *boom* de las mercancías, de la soya a los metales y el petróleo. La industrialización efectiva, de gran escala, como en la zona tricontinental del Norte después de la Segunda Guerra Mundial, creó empleos de alta productividad en diversos niveles con sus salarios correspondientes. Los mercados de trabajo industriales desarrollados –de acuerdo a la viciada acumulación originaria estudiada por Marx– tienden a mantener una cierta

cantidad de salarios justos, igualitarios. Huber y Stephens (2012:145) encontraron que la desindustrialización es la principal causa del aumento de la desigualdad en América Latina en los noventa.

El *boom* de las mercancías, por el contrario, produce economías rentistas con efectos inciertos en el mercado de trabajo. La renta de la tierra puede ser utilizada para alimentar la generosidad pública en materia social, y el *boom* puede usarse para elevar los salarios mínimos, como ocurre actualmente en la mayoría de los países latinoamericanos; pero también puede ser apropiada por unos pocos, quienes después la reparten a manera de una prebenda clientelista. La base social de las economías rentistas siempre es potencialmente oligárquica, y sus ganancias tienden a ser volátiles.

La otra alternativa visible del capitalismo pos-industrial, liderada por el capital financiero, tiene fuertes tendencias a la formación de una economía-cum-sociedad de una lujosa y “creativa” clase de financieros, con sus apoyos empresariales y de entretenimiento, y una clase de trabajadores mal pagados, de limpieza, empleos domésticos, nanas, profesores, jardineros, conserjes, meseros, vendedores y guardias de seguridad. Estados Unidos y el Reino Unido son prototipo de esta clase de sociedades. Los igualitaristas latinoamericanos van a tener que diseñar una nueva forma de economía y sociedad pos-industrial.

Asimismo, los apoyos políticos que se requieren hoy para la igualación latinoamericana parecen más frágiles que los de sus predecesores, en particular de Europa Occidental y del Noreste de Asia. En este último, había un pacto de desarrollo sólido entre, por un lado, un bloque agrícola protegido que acumuló sus ganancias a partir de la reforma agraria y, por el otro, una élite urbana orientada hacia el exterior e inclinada a la industrialización para la exportación. Las sólidas estructuras de los partidos políticos que sostuvieron el pacto y dominaron el escenario político nacional fueron el partido Liberal-Democrático en Japón, el Kuomintang en Taiwán y la dictadura militar de hierro del general Park Chung-Hee en Corea. Todos estos partidos políticos estaban nutridos por enormes asociaciones civiles nacionalistas. En la Europa Occidental continental había, primero que nada, la Democracia Cristiana, partidos políticos de afiliación masiva muy bien organizados, los cuales tenían elementos de los sindicatos que los alimentaban con sus ideas y tenían también conexiones religiosas profundas en sociedades que, hasta hoy, son altamente no-secularizadas. A la izquierda, los demócrata-cristianos tenían grandes partidos masivos de trabajadores, como el Partido Comunista en Francia e Italia, el partido de la Social Democracia en el resto de los países. El igualitarismo más radical, consistente y exitoso reinó en la secularizada Escandinavia –donde la Democracia Cristiana nunca tuvo raíces– a través de la hegemonía de gigantescos partidos políticos de la Social Democracia, que estaban apoyados por el movimiento sindical más vigoroso del mundo. Inglaterra, sin mencionar a Estados Unidos, carecía totalmente de estos apoyos institucionales. La

igualación económica nunca llegó muy lejos en este país y, por el contrario, la contraofensiva del neoliberalismo llegó más temprano y con mayor violencia que en Europa Occidental o el Noreste de Asia.

Comparados con el historial de Eurasia, los actuales gobiernos latinoamericanos pro-igualdad se ven relativamente frágiles, vulnerables o limitados. La “Revolución Bolivariana” de Venezuela surgió sin organizaciones colectivas propias ni un proceso de institucionalización; más bien se desarrolló como un caso típico de populismo regional dirigido por un líder carismático y sus adeptos, después de la bancarrota completa del sistema político vigente. Se salvó “por un pelo” después de la muerte de Hugo Chávez, y en este momento está enfrentando una oposición implacable de la derecha en condiciones de una crisis económica que, de alguna manera, puede considerarse al menos parcialmente autoinducida por la corrupción y la mala administración. En Bolivia, pareciera que existe una organización más estructurada detrás del régimen de Evo Morales, pero el país se encuentra desgarrado por una cultura de protesta popular extremadamente facciosa, mucho más amplia que la oposición de derecha, que está más bien confinada a determinados territorios.

Entre los tres regímenes más radicales que luchan por un “Socialismo del siglo xxi”, el gobierno ecuatoriano tal vez sea el que cuenta con más personal intelectualmente competente; pero por otra parte, su apoyo, ganado como el de los otros, honestamente en elecciones democráticas, es el menos organizado, en un país notorio por su volatilidad política y por sus débiles instituciones y organizaciones. Por su parte, el peronismo argentino contiene todos los ataques, y sus opositores tienen en el horizonte la caída del ala kirschnerista progresista. ¿Qué pasará? Es una pregunta abierta.

En un país tan importante como Brasil, hay un partido político en el gobierno que tiene alguna semejanza con la socialdemocracia de Europa: el Partido de los Trabajadores (PT). Sin embargo, el PT está lejos de ser un partido de las mayorías, pues depende del carisma personal de Lula da Silva y de las alianzas políticas que claudican frente al mejor postor. Las organizaciones laborales no han tenido mucha influencia en los gobiernos de Lula y de Dilma Rousseff (*cfr.* Flores-Macías, 2012: 144 y ss.). Hay más cohesión en la “Nueva Mayoría” de Chile, en el gobierno de Michelle Bachelet, que congrega desde la Democracia Cristiana hasta el Partido Comunista. En el Frente Amplio de Uruguay, que gobierna por segunda ocasión, se ha podido marchar hacia adelante junto con los trabajadores; las dos coaliciones se mueven con mucha cautela, conscientes de los estrechos límites que les impone el liberalismo económico que heredaron.

En México, el poder político progresista se ha limitado, en gran parte, a la Ciudad de México. Tomando en cuenta la población (casi igual a la de Suecia) y los recursos del

Distrito Federal, dicho poder no es de ninguna manera un elemento político insignificante, y ha funcionado como punta de lanza para el sistema de jubilación universal, del esquema de atención médica, de una legislación familiar igualitaria, así como políticas de participación urbana innovadoras. Sin embargo, una ampliación a nivel nacional de este poder político progresista, de momento, no se vislumbra, a pesar de que la idea de los derechos sociales universales se ha extendido a todo el espectro político nacional (Yanes, 2013:77 y ss.).

La revisión esquemática del presente trabajo no permite conclusión alguna sobre el futuro político de la igualdad en América Latina. No obstante, nos muestra que el igualitarismo latinoamericano enfrenta tareas difíciles con frágiles o inciertos recursos políticos, y sin ningún apoyo o competencia externa que lo estimule.

Importancia histórica

Una de las contribuciones de importancia global de la Hora de la Igualdad latinoamericana ya se ha mencionado. Incluso en la actual ola de globalización, la desigualdad económica no está conducida por leyes económicas universales, como las finanzas y la tecnología, sino que está decisivamente marcada por la economía política nacional y regional. La aceleración de la desigualdad en Estados Unidos no necesariamente tiene que ser nuestro destino.

Con anterioridad señalamos que la desigualdad vital en América Latina, medida a partir de la esperanza de vida al nacer, se encuentra por debajo del promedio mundial, pero muy por encima del PNUD de “desarrollo humano muy alto”. Con relación a estas dos dimensiones de desigualdad, como en las otras, la región alberga fuertes diferencias entre países. Cuba tiene el índice más bajo de mortalidad y también posee el promedio más alto de esperanza de vida, segundo del continente americano después de Canadá; Chile se ubica en el tercer puesto con el mismo índice de mortalidad que Estados Unidos, pero se encuentra mejor ubicado en cuanto a esperanza de vida, con un puntaje ligeramente más alto. Por mucho, Bolivia se encuentra en la peor situación, con una desigualdad vital casi tan alta como la de la India. Argentina, México y Uruguay están por encima del promedio; Brasil a la mitad del índice regional, junto con Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela (UNDP/PNUD, 2013, tablas 1 y 3). La problemática general de la desigualdad en la esperanza de vida no parece haber sido contemplada en la agenda política latinoamericana ni tampoco es parte del discurso social. Es importante destacar, no obstante, que tanto Brasil como Venezuela están atendiendo la desigualdad en el sector salud por medio de organizaciones de médicos cubanos.

Las dinámicas intra-nacionales de la desigualdad en materia de salud, esperanza de vida y mortalidad son muy específicas y siguen siendo un tanto misteriosas. Por

ejemplo, en Inglaterra y Gales, que tienen el mejor puntaje de largo plazo en la mortalidad de clase, un periodo de *igualación* posterior a 1910-1912 disminuyó poco a poco en la década de los treinta y se revirtió en más desigualdad después de la Segunda Guerra Mundial (Fitzpatrick y Chandola, 2000:110).

Los igualitaristas de la Tricontinental del Norte eran probablemente menos conscientes de la desigualdad vital que sus sucesores latinoamericanos, en particular debido a que las enfermedades epidémicas infecciosas estaban siendo controladas en el Norte. Tampoco se preocuparon por los asuntos existenciales, incluso cuando apenas si los podían negar. Asimismo, el racismo institucionalizado continuó de manera flagrante en Estados Unidos después de la Segunda Guerra; y en la parte continental de Europa Occidental, al sur de Escandinavia, la legislación sobre el matrimonio seguía proclamando la superioridad masculina. Sólo en Japón, durante la ocupación de las fuerzas aliadas, la igualdad de género fue introducida en la legislación familiar –aunque no funcionó realmente en la práctica (véase Therborn, 2004, capítulo 2).

En los setenta, el caparazón del patriarcado finalmente se fragmentaba en Europa Occidental, y América Latina fue colocada en el centro de las políticas internacionales de género. La Conferencia de la ONU sobre la Mujer, llevada a cabo en la Ciudad de México en 1974, fue muy exitosa y tuvo bastante influencia. La emancipación de género se convirtió en parte integral del proceso de democratización en la década de 1980. Una forma de evaluar la profundidad de las discusiones sobre género puede observarse en el reporte del *Índice de desarrollo humano relativo al género del PNUD*, el cual cambió a *Índice de desigualdad de género*. En 2001, de acuerdo a los datos de dicho índice, América Latina se encontraba bastante rezagada con relación a los países latinos de Europa. De la lista del PNUD, Argentina, el país con menor desigualdad de género, ocupaba el puesto 34 en el mundo, Uruguay el 39, Costa Rica el 41 y Chile el 43. México estaba ubicado en el puesto 52, Brasil en el 58 y Venezuela en el 60. El último lugar de Europa Occidental correspondía a Portugal, posicionado en el lugar 23 (UNDP/PNUD, 2003, tabla 22).

De acuerdo a otra forma de indexación, América Latina no tuvo incremento para el año 2012. España está ubicada en el puesto 15 y Portugal en el 18, mientras que Cuba es el país mejor posicionado de América Latina, situado en el puesto 63, Chile en el 66, Argentina en el 71, México en el 72, Brasil en el 85 y Venezuela en el 93 (UNDP/PNUD, 2013, tabla 4). Debido a que los índices son muy diferentes, no hay una explicación concluyente sobre sus variaciones. Lo único que se sabe es que América Latina continúa detrás de los países latinos de Europa. Sin embargo, se puede observar que ha habido *igualación*. En 2001, la participación de la mujer en el sector laboral de México fue de 48 por ciento, y 52 por ciento la de los hombres, mientras que en 2012 fue 55 y 74 por ciento, respectivamente. En Portugal se incrementó de 72 a 83, y en España de 57 a 77 (UNDP/PNUD, 2003, tabla 25; 2012, tabla 4). Por otro

lado, la igualdad salarial de género no ha sido universal, aparentemente hay un retroceso en Argentina y Perú en los años 2000, mientras que México avanza rápidamente desde niveles más bajos (CEPAL, 2009, tabla 1.7.1).

Los aspectos raciales/étnicos de la desigualdad existencial son un asunto de la mayor importancia para el momento de igualdad latinoamericano. En el proceso de democratización pos dictadura militar, las poblaciones indígenas “irrupieron con una agenda de democracia y desarrollo”, según señala la CEPAL (2006:145). Lo anterior debiera entenderse en el contexto de los contenidos de la Década Internacional de los Pueblos Indígenas del Mundo de la ONU (1994-2004) y la Declaración de la Asamblea General de la ONU sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas (Kempf, 2007). El movimiento indígena y sus organizaciones llegaron al poder en Bolivia, se convirtieron en fuerzas políticas significativas en otros países andinos y se transformaron en fuerzas que ya no son ignoradas en la mayor parte de la región latinoamericana, aunque en Brasil estos grupos están confinados a vivir en la Amazonía. Esta movilización y su reconocimiento son, por sí mismos, avances en la lucha contra la desigualdad existencial. Empero, para las poblaciones indígenas, la desigualdad existencial no es simplemente una cuestión de derechos civiles sino también un reconocimiento a los derechos históricos a la tenencia de la tierra –frecuentemente de naturaleza sagrada–, y contra la explotación minera, las compañías deforestadoras o la construcción de carreteras. Todo esto ha llegado a ser muy controvertido en Bolivia, Ecuador y Guatemala, donde las leyes del “Derecho Blanco” rigen todavía.

Bajo la jerarquización de la desigualdad racial/étnica en América Latina con base en el color de la piel y las facciones, la discriminación pudo haber sido menos violenta y humillante que la exclusión dicotómica practicada en Estados Unidos. De todos modos, la educación limitada y tardía, así como circunstancias nacionales, han llegado a significar severas desventajas socioeconómicas para las minorías étnicas de América Latina (y mayorías étnicas en Bolivia). Se ha estimado que si los Pueblos Originarios y los Afrodescendientes hubieran tenido el mismo acceso a la educación que las poblaciones de ascendencia europea en la víspera de la actual ola de *igualación* (1998-2002), la pobreza entre ellos hubiera disminuido de 58 a 39 por ciento en Bolivia, de 82 a 39 por ciento en Ecuador (en 1998) y de 72 a 51 por ciento en México. Se calcula que la educación escolar tuvo menos repercusión en la pobreza en Brasil (UNDP/PNUD, 2010:36).

En 2005, los trabajadores negros brasileños percibían la mitad (53 por ciento) de los ingresos de sus pares blancos. Eso representó un avance con respecto a 1995, cuando fue 48 por ciento (Soares *et al.*, 2007:408 y 409), pero está por debajo de 62 por ciento, promedio de Estados Unidos en 2010 y 58 por ciento en 1980 (Noah, 2012:44 y 45). La brecha de la esperanza de vida en torno a la raza nos da

resultados diferentes. Hasta el año 2010, la brecha en Brasil fue sólo de un año, mientras que en Estados Unidos es de 4.5 (Chiavegatto Filho *et al.*, 2014; Center for Disease Control and Prevention, 2011). La élite política y militar brasileña es mayoritariamente blanca, mucho más que la de Estados Unidos. En Brasil todavía no se ha dado el caso de que una persona de raza negra ocupe una posición de poder al mismo nivel que, por ejemplo, Condoleezza Rice, Colin Powell y Barack Obama. Ni siquiera ha habido un alcalde negro en la ciudad de Salvador, mientras que alcaldes afroamericanos en ciudades estadounidenses (de mayoría negra), como Washington D. C., son emblemáticos desde 1974.

La igualdad racial finalmente se está moviendo al centro del escenario brasileño, y hasta el momento se da de un modo mucho más pacífico que en Estados Unidos. No obstante, sus potenciales implicaciones a futuro son muy significativas, pues en el Censo de 2010 una mayoría de brasileños (50.9 por ciento) se autoidentificó como *afrodescendiente* (CEPAL-CELADE, <www.ecclac.cl/celade>).

En la década de 2000, América Latina experimentó una reducción significativa de la pobreza: de 44 por ciento de la población (según la definición de la CEPAL, en medidas absolutas) en 2002 a 28 por ciento en 2012 (CEPAL, 2013a, tabla 1.6.1). La mayor parte de estos resultados se alcanzó antes del estallido de la crisis financiera del Norte. En 2009, los indicadores de la pobreza se mantuvieron en 33 por ciento (CEPAL, 2012a:53). Tal reducción ocurrió en todos los países, pero fue más rápida en Ecuador, de 62 a 32 por ciento, en Bolivia, de 64 a 36 por ciento, en Venezuela, de 44 a 24 por ciento, en Perú, de 55 a 37 por ciento, y en Argentina, de 26 a 4 por ciento (sólo en áreas urbanas). En los países más poblados como Brasil, la pobreza disminuyó de 38 a 19 por ciento durante el periodo de 2001 a 2012; pero en México, los cambios positivos se concentraron entre los años de 1998 y 2002, no obstante la indigencia se incrementó entre 2002 y 2012, de 12.6 a 14 por ciento de la población (CEPAL, 2013b:87). La pobreza absoluta y la indigencia son más elevadas en Honduras, Nicaragua y Guatemala, afectando a dos tercios de los hondureños y a la mayoría de los guatemaltecos y nicaragüenses (CEPAL, 2013a, tabla 1.6.1). Empero, la pobreza y la indigencia se siguen concentrando de acuerdo a la raza/etnicidad. En 2011, 29 por ciento de los indigentes y 15 por ciento de los pobres no-indigentes pertenecían a las minorías étnicas; mientras que sólo seis por ciento de la población con ingresos 1.5 veces mayores a la línea de pobreza se ubicaron en este rango (CEPAL, 2012a:60).

Incluso después de una década de *igualación*, América Latina sigue siendo una región con un alto grado de desigualdad en los ingresos. Hasta 2012 sólo un país, Uruguay, tenía un coeficiente de Gini de desigualdad por debajo de 40 (o por debajo de 0.40) (CEPAL, 2013b, tabla 1A.3). Este indicador es más desigual que el de cualquier país de Europa Occidental, incluyendo Reino Unido, o bien Japón, Corea del Sur y Taiwán

(Therborn, 2013). Sin embargo, la *igualación* ha sido significativa. En varios países, el nivel actual de desigualdad no tiene precedentes, aunque en Argentina está por arriba del nivel de 1953, allá a finales del peronismo clásico. Las presidencias brasileñas de Lula y Dilma finalmente condujeron al país a los niveles de desigualdad de 1960, o sea, anterior a la locura de las dictaduras militares anti-igualitarias, con un coeficiente de Gini de aproximadamente 50. La desigualdad de los ingresos en México pareciera ser menor hoy que en los años de 1950 a 1963, entonces de 50 y 55, y hoy cerca de 45, pero difícil que estén por debajo de cualquier cifra estadísticamente confiable de los años ochenta (47). La proporción de 95/50 de un segmento de la población mexicana (de clase media-alta a clase media), 4.5 en 2012, está ligeramente por encima de la de 1989 (4.4), a inicio de la caída neoliberal en México (CEDLAS, 2014, tablas de desigualdad; Fishlow, 1976, tablas 1 y 2; Londoño & Székely, 1997, tabla 4b; datos históricos de Weisshof, 1976, tabla 2).

Tabla 2
Reducción de la desigualdad del ingreso en América Latina, 2002-2012
puntos del coeficiente de Gini

<i>Reducción notable</i>	<i>Reducción importante</i>	<i>Reducción mínima</i>	<i>Valores atípicos del aumento de la desigualdad</i>
Bolivia -14 (2011)	Argentina -10	Chile -4 (2003-2011)	Guatemala + (2002-2006)
	Nicaragua -10 (2001-2009)	Panamá -4	Costa Rica (+2) (comparación incierto)
	Venezuela -10	Colombia -3	
	Ecuador -9	República Dominicana -2	
	El Salvador -9 (2001-2012)	México -2	
	Perú -8	Honduras -2 (2002-2010)	
	Uruguay -8 (sólo datos de las zonas urbanas)	Paraguay -1 (2001-2011)	
	Brasil -7 (2001-2012)		

Fuente: CEPAL (2013b, tabla 1A.3).

La explicación de este patrón, cuyas cifras se deben leer con un margen de error, está más allá del trabajo de contextualización de este capítulo. Sin embargo, parece señalar a dos fuerzas distintas. Una es claramente política, donde la radical Bolivia se encuentra en la cima, seguida por otros países de inclinación izquierdista. Y ocho de nueve países, que se ubican en la parte baja, tienen gobiernos conservadores/neoliberales. Los gobiernos de izquierda han desplegado esfuerzos para adoptar políticas antirracistas de inclusión y empoderamiento, aumentos al salario mínimo y políticas a favor de los trabajadores, así como transferencias públicas progresivas focalizadas de gran escala. En segundo lugar, la fuerte evidencia de Perú y El Salvador, cuya primera década del nuevo milenio ha incluido a presidentes centro izquierdistas sin fuertes ambiciones igualitarias o bases de poder. Asimismo, y tal vez con mayor razón, el hecho de que la desigualdad haya disminuido –o por lo menos no ha aumentado como en la mayoría del resto del mundo–, aun en países con regímenes conservadores como Panamá, Colombia y México, sugiere que existe algún otro elemento que interviene también. Con el único fin de ponderar la explicación, nos referimos a esta segunda fuerza del momento de igualdad latinoamericana como el *patrón regional 2000 del crecimiento económico y desarrollo social*. El declive de la apropiación de los ingresos por parte del 10 por ciento más rico en casi todos los países latinoamericanos difícilmente se debe a las medidas públicas de redistribución en países como Perú y El Salvador, y mucho menos en Brasil, México o Chile. En general, el sistema fiscal latinoamericano todavía sigue siendo menos progresista y menos redistributivo que en los países de la OCDE, aun después de sus olas neoliberales (OCDE, 2014).

Así, tomando en cuenta la diversidad de la economía latinoamericana, puede llegar a ser demasiado simplista suscribir “un” patrón regional de crecimiento. Sin embargo, existen tres características que parecen ser comunes. Desde mediados de los noventa, América Latina ha tenido un desarrollo educativo ponderable, en parte, sin lugar a dudas, por el impulso de políticas progresistas, pero también por la búsqueda de profundos cambios sociales y retribuciones democráticas después de las dictaduras. Ello es muy visible en el caso de Brasil (*O Globo*, 13 de octubre de 2013:3). La mayor *igualación* de la educación se registró en El Salvador, seguido por México y Brasil (Cornia & Maturano, 2010, fig.5). Estudios econométricos también concluyeron que los salarios de personas con títulos académicos en América Latina descendieron, en general, durante la primera década de 2000 (Barros, 2010; Cornia & Maturano, 2010; Gasparini & Lustig, 2011; Lustig *et al.*, 2012). La expansión masiva de la educación fue, por supuesto, una de las principales características del momento de la igualdad del Norte desde finales de 1940 y hasta los setenta.

Segundo, a diferencia de Estados Unidos, Reino Unido y Suecia –países con una acelerada desigualdad, aunque a muy diferentes niveles de velocidad–, el sector financiero no parece haber crecido en importancia en América Latina. Tal vez ésta

fue una lección de crisis anteriores. El rápido crecimiento de la economía real pudo haber alejado al sector financiero de la conducción de la economía. Sin embargo, son escasos los datos de distribución del sector financiero y los ingresos del capital en América Latina.

Tercero, el *boom* del mercantilismo en el hemisferio, máquina del crecimiento, no ofrece ningún premio extra en la adquisición de títulos académicos, a pesar de que frecuentemente genera apropiación de renta por la oligarquía. Una vez más, la reciente democratización, que es llevada a cabo por los movimientos sociales, probablemente, ha jugado un papel positivo.

No obstante, las diferencias nacionales en vez de las políticas públicas de redistribución debieron tener otros efectos. En Centroamérica, por ejemplo, las remesas de los migrantes debieron haber tenido una canalización diferente en El Salvador que en Guatemala y Honduras.

Tabla 3
Comparación de momentos de igualdad: países del Norte (1950-1970)
y América Latina (2000-2012).
Cambio en la apropiación del ingreso nacional
por el 10 por ciento más próspero.
Participación de la reducción en puntos porcentuales

<i>Países</i>	<i>Porcentajes</i>
Francia	6.9
Alemania Occidental	2.3
Suecia	4.8
Reino Unido	5.7
Japón	1.9a
USA	0.5b
Argentina	6.4c
Bolivia	16.0
Brasil	6.6
Chile	4.0
Ecuador	9.8
México	3.8
Nicaragua	9.8
Venezuela	5.0

Notas: a) 1960-1970; b) 1950-1960:1.9, y c) sólo áreas urbanas.

Fuentes: Europa, Japón, Estados Unidos: Kaelble (2007:213); América Latina: CEPAL (2013a, tabla 1.6.3).

¿De qué modo puede calificarse la *igualación* latinoamericana de ingresos en comparación con la experiencia del Norte? Entre 1947 y 1980, el coeficiente de Gini de Suecia bajó alrededor de 10 puntos, de 30 a 20 (Björklund & Jäntti, 2011:35 y 38), muy cerca de lo que bajó en Nicaragua y Venezuela, aunque en un lapso de tres décadas, en vez de una o menos. Hoy, los coeficientes históricos de Gini son escasos, sin embargo están disponibles algunos datos comparables sobre las participaciones por deciles de ingreso.

El momento latinoamericano actual se mantiene bastante bien en la comparación histórica con la experiencia del Norte. Bolivia es como un faro luminoso que puso de cabeza a la reciente experiencia estadounidense. En Bolivia todos los deciles, a excepción del más alto, incrementaron su participación en el ingreso nacional. Sin embargo, los números absolutos deben tratarse con cuidado. En su mayoría, los datos de distribución del ingreso histórico tienen una limitada comparabilidad.

En Reino Unido, la participación del ingreso, después de los impuestos del 10 por ciento más alto, disminuyó en cuatro puntos porcentuales entre 1949 y 1974, a 24.8 por ciento del total (Hill, 2004:27), un nivel muy lejos del de América Latina. Solamente en Uruguay (28 por ciento), la décima parte más rica (de las personas) se apoderó de menos de 30 por ciento de los ingresos nacionales en 2012; en Venezuela fue 30, en México un poco menos de 40, mientras que en Chile y Brasil mucho más de 40 (CEPAL, 2013a, tabla 1.6.3). El 10 por ciento más rico de Estados Unidos se apropió de 45 por ciento de los ingresos nacionales en 2006 (Atkinson, Piketty & Saez, 2010:717), muy similar a lo que consiguió esa clase social en Brasil.

En la década de 2000, América Latina tuvo un momento de igualdad de respetables proporciones a la luz de la experiencia histórica global, aunque México está en el último lugar de los países grandes. Sin embargo, la desigualdad latinoamericana todavía se sitúa a niveles andinos, es decir, más altos que cualquier país europeo. La proporción del ingreso de 95/50 entre el principio de la clase alta (95avo percentil) y la “clase media” –definida como de ingreso medio–, actualmente 4.6 en Brasil y 4.5 en México, sigue siendo mayor de lo que fue la Alemania del Reich de 1913 (a 3.8 veces de la media) (Flora, 1987:652). No hubo persona con conocimientos que alguna vez llamó “sociedad de clase media” a la Alemania de Wilhelm.

¿Fin de la hora o del momento de la igualdad?

Hemos visto que la *igualación* latinoamericana se sustenta sobre bases políticas y económicas frágiles. Aún es demasiado temprano para proclamar su fin, pero son ya visibles algunos signos de cambio negativo. 2012 dio señales de que hay una ruptura en los dos países más poblados: Brasil y México, lo mismo que en dos de los tres países más radicales: Ecuador y Venezuela (CEPAL, 2013b, tabla 1A.1-3). Las

mediciones totales de la desigualdad de ingresos (Gini y otros índices) mostraron pequeños incrementos, no necesariamente confiables desde el punto de vista estadístico. También hubo reducciones menores en la participación en el ingreso de las clases populares, y sólo en México un ligero incremento en el número de pobres e indigentes.

Para 2012, la desigualdad de ingresos en Brasil estaba al mismo nivel que en 1980, en Colombia estaba claramente arriba, y en México un poco menos claramente por encima (Gini 49 a 47 en 1980) (CEPAL, 2013b, tabla 1A.3; Londoño & Székely, 1997, tabla 4b). Colombia y México compartieron esos indicadores con los países ricos del norte del Atlántico y los de la región del Pacífico, pero con una diferencia: en esta última región, 1980 marcó un hito en la *igualación*, mientras que en América Latina se trató más bien de desigualdad, como siempre.

Referencias

- ATKINSON, A. B., T. PIKETTY & E. SAEZ (2010), "Top Incomes in the Long Run of History", en A. B. ATKINSON & T. PIKETTY (editores), *Top Incomes. A Global Perspective*, Oxford, Oxford University Press.
- BARROS, R. *et al.* (2010), "Markets, the State and the Dynamics of Inequality: Brazil's case study", en L. F. LÓPEZ CALVA & N. LUSTIG (editores), *Declining Inequality in Latin America: A Decade of Progress?*, Washington D. C., Washington D. C. Brookings Institution, capítulo 6.
- BJÖRKLUND, A. & M. JÄNTTI (2011), *Inkomstfördelningen i Sverige*, Stockholm, sns.
- CEDLAS & THE WORLD BANK (2014), *Socio-Economic Database for Latin America and the Caribbean*, [en línea] Dirección URL: <<http://sedlac.econo.unlp.edu.ar/eng/>>, [consulta: 25-27 de marzo de 2014].
- CENTERS FOR DISEASE CONTROL AND PREVENTION (2011), *National Vital Statistics Reports 60:3*, [en línea] Dirección URL: <<http://www.cdc.gov/nchs/products/nvsr.htm>>.
- CEPAL (2010), *La Hora de la Igualdad*, Santiago de Chile, CEPAL.
- CEPAL (2012a), *Panorama Social 2012*, Santiago de Chile, CEPAL.
- CEPAL (2012b), *The employment situation in Latin America and the Caribbean*, [en línea] Dirección URL: <www.eclac.cl/ilo>.
- CEPAL (2013a), *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, CEPAL.
- CEPAL (2013b), *Social Panorama of Latin America*, [en línea] Dirección URL: <www.eclac.cl>.
- CHIAVEGATTO FILHO, A. D. *et al.* (2014), "Racial Disparities in Life Expectancy in Brazil: Challenges from a Multiracial Society", en *American Journal of Public Health*, January.

- CORNIA, G. A. & B. MATURANO (2010), *Policies of reducing income inequality: Latin America during the last decade*, New York, UNICEF, Working Paper.
- FISHLOW, A. (1976), "Brazilian size distribution of income", en A. FOXLEY (editor), *Income distribution in Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press.
- FITZPATRICK, R. & T. CHANDOLA (2000), "Health", en A. H. HALSEY (editor), *The Twentieth Century British Social Trends*, Basingstoke, Macmillan.
- FLORA, P. (1983) y (1987), *State, Economy and Society in Western Europe, 1815-1975*, Frankfurt/New York, Campus, vols. 1 y 2.
- FLORES-MACÍAS, G. (2012), *After Neoliberalism*, Oxford, Oxford University Press.
- GASPARINI, L. & N. LUSTIG (2011), *The rise and fall of income inequality in Latin America*, United States, Tulane University, ECINEQ Working Paper 2011-213.
- HILLS, J. (2004), *Inequality and the State*, Oxford, Oxford University Press.
- HUBER, E. & J. STEPHENS (2012), *Democracy and the Left*, Chicago, University of Chicago Press.
- HUMBOLDT, A. (1822/1971), *Political Essay on the Kingdom of New Spain*, New York, Alfred A. Knopf.
- KAELBLE, H. (2007), *Sozialgeschichte Europas*, München, C. H. Beck.
- KEMPF, I. (2007), "Resistiendo al viento: avances y retrocesos en el desarrollo reciente de los derechos de los pueblos indígenas en las Naciones Unidas", en Salvador MARTÍ I PUIG (editor), *Pueblos indígenas y la política en América Latina*, Barcelona, Fundación CIDOB.
- LONDOÑO, J. L. & M. SZÉKELY (1997), *Persistent Poverty and Excess Inequality: Latin America 1970-1995*, Washington D. C., Office of the Chief Economist, Inter-American Development Bank, Working Paper 357, october.
- LÓPEZ-ALONSO, M. (2007), "Growth with Inequality: Living Standards in Mexico, 1850-1950", en *Journal of Latin American Studies*, 39:81-105.
- LUSTIG, N., L. LÓPEZ-CALVA y E. ORTIZ-JUÁREZ (2012), *Declining Inequality in Latin America in the 2000s: the cases of Argentina, Brazil, and Mexico*, United States, Tulane University, ECINEQ Working Paper 2012-266.
- MORRISON, C. (2000), "Historical Perspectives on Income Distribution: The Case of Europe", en A. B. ATKINSON & F. BOURGUIGNON (editores), *Handbook of Income Distribution*, Amsterdam, Elsevier, vol. 1.
- NOAH, T. (2012), *The Great Divergence*, New York, Bloomsbury Press.
- OECD (2011), *Divided We Stand*, Paris, OECD.
- OECD (2014), *Tax Revenue Statistics in Latin America*, Paris, OECD.
- SEN, A. (1992), *Inequality Reexamined*, Oxford, Clarendon Press.
- SOARES, S. S. D., N. O., FOUTOURA y Luana PINHEIRO (2007), "Tendências recentes na escolaridade e no rendimento de negros e brancos", en Ricardo PAES DE BARROS, Miguel Nathan FOGUEL y Gabriel ULYSSEA (organizadores), *Desigualdade de Renda no Brasil: uma análise da queda recente*, Rio de Janeiro, IPEA, vol. 2.
- THERBORN, G. (1984), "Classes and states: Welfare state developments, 1881-1981", en *Studies in Political Economy*, núm. 13.

- THERBORN, G. (2004), *Between Sex and Power, Family in the World, 1900-2000*, London, Routledge.
- THERBORN, G. (2013), *The Killing Fields of Inequality*, Cambridge, Polity.
- TOCQUEVILLE, A. (1840/1966), *De la démocratie en Amérique*, Paris, Gallimard Folio, vol. II.
- UNDP (2003), *Human Development Report 2003*, New York, UNDP.
- UNDP (2004), *Human Development Report 2004*, New York, UNDP.
- UNDP (2010), *Regional Human Development Report for Latin America and the Caribbean*, [en línea] Dirección URL: <www.undp.org>.
- UNDP (2012), *Human Development Report 2012*, [en línea] Dirección URL: <www.undp.org>.
- UNDP (2013), *Human Development Report 2013*, [en línea] Dirección URL: <www.undp.org>.
- WEISSHOF, R. (1976), "Income distribution and economic growth in Puerto Rico, Argentina and Mexico", en A. FOXLEY (editor), *Income distribution in Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press.
- YANES, P. (2013), "Targeting and Conditionalities in Mexico: The End of a Cash Transfer Model?", en R. LO VUOLO (editor), *Citizen's Income and Welfare Regimes in Latin America*, New York, Palgrave Macmillan.

Recibido: 5 de julio de 2014
Aprobado: 6 de febrero de 2015